



MERCADO DE ABASTOS DE BENAVENTE (ZAMORA)

Ni es lo mismo, ni es igual

LUIS JAVIER ALCALÁ FERNÁNDEZ

Levaba seis meses en el dique seco. Con 36 años había llegado muy pronto a la cima y también había comprobado en mis propias carnes el dicho de que cuanto más alta más dura es la caída. Hacía tan sólo medio año era uno de los directivos más jóvenes de mi empresa, una puntocom dedicada al registro de dominios en Internet. Pero de la noche al día, algunos de los que yo creía que eran mis amigos me habían hecho la cama. Fui el último en enterarme de todo y quizás por juventud, o tal vez por exceso de confianza, no supe ver lo que realmente se cocía en mi empresa. La noticia me llegó una calurosa mañana del mes de mayo. Yo entonces pensé que sería algo temporal y que pronto me recuperaría, pero ahora, después de seis duros meses, se que el final del túnel está cada día más difícil.

Actualmente, el apoyo de Marta, mi mujer, quien siempre está a mi lado, y de mis hijos, David y Ana, es fundamental para dar sentido a mi existencia. A diferencia de otros días, hoy me había levantado temprano, antes incluso de que el despertador tocara diana. Estaba cansado por el madrugón, pero ante todo inquieto. Era uno de esos días en los que sabes que algo no funciona y que parece que todo va a salir mal. Mientras por mi cabeza discurrían miles de ideas contemplaba el cuerpo semidesnudo de mi esposa. Estaba preciosa, pero preferí no despertarla. Me levanté sin hacer ruido de la cama y me acerqué a la habitación de los niños. Tras comprobar que dormían plácidamente, me fui al cuarto de baño, me desnudé, me metí en la ducha y abrí el grifo.

—Ahhhh!

El agua estaba gélida. Una vez más habían cortado el gas sin avisar. Salí rápidamente de la bañera medio enjabonado. Y allí estaba ella esperándome. Mi mujer con la toalla entre sus manos. Me besó dulcemente en los labios y después de secarme, desayunamos juntos.

—Cariño, sabes que mi situación es muy complicada y que ya no se qué hacer— le dije a mi esposa.
 —No te preocupes Roberto. Hemos pasado momentos peores y siempre hemos sabido salir hacia delante.
 —Si, pero esta vez ... ha pasado ya mucho tiempo y ni mis contactos, ni mis amigos, ni nada de nada...
 —Mi amor, sabes que un buen día llegará de nuevo tu oportunidad. Tu estás haciendo todo lo que está en tus manos y verás como pronto todo se soluciona y vuelves a estar trabajando.

Escuchar la voz de mi mujer era siempre un bálsamo relajante. Ella sabía como dominar estas tensas situaciones y siempre sabía sacar lo mejor de mí para que no decayera. Habíamos estado tres años de novios y ahora llevábamos cerca de diez casados. Ella tenía una confianza ciega en mí y estaba segura de que pronto encontraría un hueco en este mundo difícil y complejo en el que ahora vivíamos.

Marta entró de nuevo en la cocina. Estaba preciosa con su traje de pantalón y chaqueta azul marino y su camisa blanca, dispuesta un día más a comerse el mundo. Con un tierno beso en la mejilla me despedí de ella y tras cerrar la puerta fui a la habitación de los pequeños. Allí seguían dormidos con la tranquilidad de saber que estábamos a su lado. David era el mayor y este año iba a cumplir ya nueve años. Era rubio, con la piel blanca y muy juguetón. Ana tenía dos años menos y era el vivo retrato de su madre cuando era niña. Desprendía dulzura y era preciosa. Tenía el cabello pelirrojo y lo solía llevar recogido en dos simpáticas coletas. Ana era, además, muy inteligente.

Después de observarles durante un instante, los arropé y me recosté al lado de la cama de mi hija pequeña. Entre pensamientos y divagaciones entré en un profundo sueño. Era una vuelta a la niñez. Aquella época en la que había vivido en Benavente y en la que había pasado tan buenos momentos. Yo tendría unos 12

años y me encantaba pasar los veranos en esta ciudad de la provincia de Zamora. Allí vivían mis abuelos y con ellos había compartido grandes momentos. Como olvidar la fiesta del toro enmaromado que cada año se celebraba la víspera de Corpus Christi. Recuerdo el calor del mes de junio y como los mozos conducían por las calles a un toro sujeto por una larga soga de esparto llamada maroma. Corrían y corrían por las calles y, finalmente, daban muerte al animal en el matadero. Recuerdo también la sangre del animal y como los corredores mojaban sus zapatillas en ésta para obtener fuerza y rapidez con las que evitar daños en años sucesivos. Una fiesta que según me contaba mi abuelo se apoya en la leyenda de cuando el infante del ducado de Benavente salió a pasear con su madre por los alrededores del castillo y aconteció que en pleno bosque les salió un toro bravo con intención de embestirlos. El infante pereció al intentar salvar a su madre y desde entonces la duquesa ordenó a los benaventanos que corrieran y dieran muerte a un toro, para recordar esa fecha.

Benavente era una pequeña ciudad de apenas 17.000 habitantes que durante este mes de verano podía duplicar su población. Muchos eran los que hasta esta villa, situada al norte de la provincia de Zamora, acudían a pasar la época estival y a estar con su familia.

En mi sueño recordé también aquellos dulces típicos de la zona llamados feos que con tanto amor me hacía mi abuela y la tarta del Cister o las rosquillas del ángel que preparaban las monjas del convento de San Bernardo. Exquisitos manjares que en casa de mis abuelos tomábamos con gaseosa, mientras los mayores bebían el vino de los valles de Benavente.



Tanto pensar en comida hizo que el rugido de mi propio estómago me despertara... y fue entonces cuando un susurro del niño en mi oído me hizo volver a la realidad.

—Buenos días papá.

—Hola peque, ¿qué tal has dormido?.

—Bien, pero tengo sueño. ¿Puedo no ir al cole?.

—Oye no seas gamberro y vamos a la cocina a desayunar.

—Bueno, vale.

Desperté también a Ana y les preparé el desayuno. Tostadas y un vaso de leche bien caliente para empezar con fuerza el día. Les ayudé a vestirse y los llevé en coche al colegio. Estudiaban en un centro privado y bilingüe de la afueras de la capital. Tanto Marta como yo siempre habíamos tenido claro que la educación de nuestros hijos era importantísima por lo que no repararíamos en gastos siempre y cuando fuera posible. Una vez que ambos entraron en sus clases, volví al coche, encendí el contacto y puse la radio.

—Acabamos de conocer los últimos datos del paro en España cuya cifra asciende ya a un millón seiscientos mil desempleados ...

Decidí cambiar de dial. La música me relajaría de regreso a casa. Mientras escuchaba la dulce voz de Mariah Carey, empecé a pensar en mi sueño. Me gustaría volver a Benavente —me dije—. ¿Por qué no hacer una excursión este mismo fin de semana? Seguro que a los chicos les encanta. Se lo propondré a Marta en cuanto venga del trabajo —pensé—. El sonido grave de un claxon me hizo salir de mis pensamientos, ya que un vehículo se había saltado un semáforo, provocando la iras de otro conductor.

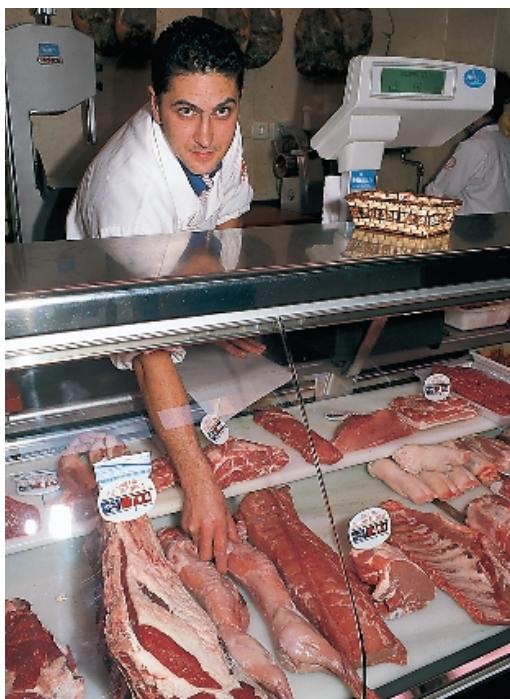
Una vez llegué al piso me dispuse a preparar la comida. Ahora era yo el amo de la casa, ya que la falta de mis ingresos en las arcas familiares habían provocado que tuviéramos que prescindir de nuestra asistenta. Vivíamos en el Retiro, en un quinto piso de una casa no excesivamente grande, pero si muy cuidada en los detalles.

La casa la habíamos comprado de segunda mano a un matrimonio mayor que había decidido irse al pueblo a disfrutar de sus últimos años. Habían pasado ya once años y las sucesivas reformas en su interior le daban un aspecto muy nuevo y juvenil. Tanto mi mujer como yo odiábamos la decoración clásica, por lo que habíamos optado por comprar muebles desenfadados y prácticos que iban más con nuestro propio estilo.

Abrí la puerta de la nevera para ver que podía hacer de comida. Preparé un arroz a la cubana y solomillo a la pimienta de segundo. Era uno de los platos preferidos de Marta y los niños. Advertí que apenas quedaba fruta, tan sólo unas mandarinas algo pasadas y alguna manzana con no muy buena pinta. Abrí los armarios y encontré un preparado para hacer natillas. Es una buena elección, —me dije—, hace tiempo que no las tomamos y a todos nos gustan.

El ajetreo en la cocina y las tareas domésticas hicieron que el resto del día se me pasara volando, algo que agradecí, porque evitaba que estuviera dándole vueltas al mismo tema. No era agradable pensar como los que se llamaban amigos míos me habían despedido de la empresa para poner en mi lugar a uno de los sobrinos del Presidente. Había sido una mala jugada y la excusa utilizada de las peores. Todavía recuerdo con rencor como mi secretaria me llamó y me dijo:





—Tiene usted una llamada del Señor Ortega.

—Sí, gracias, Raquel, —le dije a mi secretaria.

El Presidente de la compañía me llamó para que subiera a su despacho. Entré en su refugio, un amplio despacho exquisitamente decorado con cuadros impresionistas. Hablar de tú a tú con el no era algo habitual en la empresa. Su rostro frío y serio se tornó en una sonrisa al verme y con la mano me indicó que me sentara. Empezó a hablar de las dificultades económicas de nuestra empresa y de la necesidad de hacer recortes de plantilla. Yo lo veía venir, pero no podía imaginarme que yo fuera uno de los elegidos después de tantas horas y horas de dedicación a la compañía. Tras un largo y ceremonial discurso, en el que se notaba que las palabras habían sido cuidadosamente elegidas, concluyó diciendo:

—Lo siento Roberto, pero entiéndelo, la crisis del sector nos ha perjudicado y mucho.

—Ya claro, —musité con una rabia que intenté controlar como pude.

—Yo he intentado hacer todo lo posible, pero finalmente tenemos que prescindir de tu excelente trabajo.

—Si claro, —dije en voz baja. Tenía una rabia que apenas hoy se como pude contener, salí del despacho, después de estrecharle la mano, y fui a recoger mis pertenencias.

Habían pasado los meses y la recesión continuaba provocando que el mercado de trabajo fuera un coto vedado al que cada día era más difícil acceder. Pero bueno, así es la vida, una sucesión de dificultades que hay que sortear para llegar a la meta —pensaba entre meditaciones.

—Hola mi amor ya estoy en casa dijo mi mujer cerrando la puerta tras de si.

Su voz me devolvió a la realidad. —Cariño, hola cariño. ¿qué tal todo?

—Bien, oye había pensado...

—Yo también quería decirte que...

—Tú primero, Roberto.

—Pues que podíamos ir este fin de semana a Benavente, porque cambiar de aires me vendría muy bien.

—Esto sí que es telepatía, yo te iba a proponer lo mismo—dijo Marta entre risas.

—Genial, ven aquí y dame un beso mi amor, ¿qué tal en el trabajo?.

—Como siempre, con muchas ganas de salir para venir a verte.

Eran las cuatro de la tarde cuando empezamos a comer. Decidimos que después prepararíamos las muletillas. Tras recoger los platos y dejar la casa en orden nos fuimos a recoger a nuestros hijos. Serían las seis de la tarde cuando llegamos a su colegio, y cuando David y Ana se enteraron de nuestra idea se quedaron entusiasmados. Unos 275 kilómetros nos separaban de aquella hermosa ciudad a la que no acudíamos desde el entierro de mis abuelos hace ya unos cuantos años.

El viaje se hizo relativamente corto y afortunadamente los chicos no se marearon. Tuvieron sus habituales riñas entre hermanos, porque el uno le quitaba los juguetes al otro y viceversa. Eso y las dos veces que tuvimos que parar porque se hacían pis. A pesar de todo eran dos críos estupendos que mi mujer y yo queríamos por encima de ninguna cosa en el mundo.

Llegamos a casa a las nueve de la noche y dimos un paseo no muy largo. Aquella noche, después de acostar a los pequeños, Marta y yo disfrutamos de una velada estupenda. Recordar tiempos pasados tan buenos fue una receta milagrosa porque a la mañana siguiente mi humor era excelente cuando los niños nos sacaron de la cama.

—Buenos días papás —dijeron al unísono. Tenemos hambre.

—Hola pitufos, ¿qué tal habéis dormido? les preguntó mi mujer.

—Muy bien mami dame un beso —dijo Ana

—Yo también bien papi, un beso —dijo David.

Después de disfrutar los cuatro en la cama durante unos minutos, nos levantamos. Eran las nueve de la mañana y a través de la ventana se podía observar como en la calle hacía bastante frío. El asfalto estaba húmedo de la fuerte lluvia que había caído durante la noche.

—Bueno, vamos a preparar el desayuno— dijo Marta mientras se estiraba.

—Cariño, tendremos que ir a comprar, le dije a mi esposa, porque no tenemos nada. Creo que dejé en la cocina la bolsa con la leche y las cosas del desayuno. Lo siento.

—No pasa nada mi amor, ¿por qué no nos vestimos y desayunamos en aquella chocolatería que había cerca del Ayuntamiento?

—Me apetece mucho, me parece una gran idea. Y luego si quieres vamos a dar una vuelta por el casco histórico antes de ir al mercado.

La casa de mis abuelos estaba situada en la parte antigua de la ciudad, en la misma plaza de Calvo Sotelo. Allí se levantaba majestuosa la iglesia de Santa María del Azogue. Su exterior sorprendía por la originalidad ya que era un edificio construido en el siglo XII, pero cuya conclusión abarcaba diferentes estilos y etapas. Destacaban en este templo, sobre todo, sus cinco bellos ábsides semicirculares y sus dos portadas románicas. El interior tampoco tenía desperdicio destacando la amplitud de sus naves y la grandeza del crucero.

Los niños salieron de la iglesia encantados, pero con más hambre. Enfilamos la calle de José Antonio y giramos luego a la izquierda por Conde Patilla. En pocos minutos llegamos a la Plaza de España donde se levantaba la Casa Consistorial. Entramos en la chocolatería y tomamos churros y porras, que, por cierto, vinieron muy bien para quitarnos un poco el frío que hacía.

Tras reponer fuerzas decidimos ver la iglesia de San Juan del Mercado y luego ir a hacer la compra. Al igual que el anterior templo su construcción se había alargado en el tiempo. Por eso, parte estaba realizada en piedra de sillería y otra utilizaba el ladrillo como elemento decorativo. Desde la plaza de San Juan fuimos a la calle del Obispo Reguera, donde se encuentra el mercado de abastos. El paso de los años no se notaba. El aspecto exterior del mercado era el mismo y en su interior apenas había cambios salvo que las instalaciones de alguno de los puestos eran más modernas.

No llevábamos lista de la compra ni nada así que decidimos comprar los alimentos más típicos. En nuestras bolsas no faltaron los famosos pimientos rojos de esta comarca zamorana. Aromáticos y no picantes, eran estupendos. Tal era la importancia de este producto para los habitantes de esta villa que durante el mes de septiembre celebraban una feria propia en la localidad. Estaba decidido, haríamos un buen guiso con patatas y para regar todo esto un buen vino de la tierra.

Fuimos luego a la carnicería para comprar ternera de Aliste. Pedimos la vez y, mientras esperábamos nuestro turno, me quedé mirando al carnicero. Aquella cara y aquellos ojos me resultaban familiares, yo conozco a este hombre pensé.

—Buenos días caballero, ¿qué desea? — me dijo el carnicero.

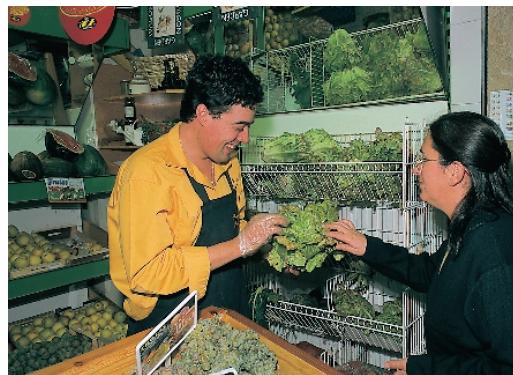
—Hola, buenos días, queríamos ternera para guisar. Ternera de Aliste, por favor.

—Muy buen gusto tienen ustedes. Mire que buena pinta tiene esta carne.

—Sí, es verdad. Perdone, ¿es usted don Miguel?

—Sí, yo soy.

—Mire, usted no se acordará de mí, ha pasado ya mucho tiempo. Soy el nieto de Paco y María, los médicos, ¿los recuerda?



—Como olvidarlos, pero claro tu eras el niño que apenas llegabas a ver la vitrina y que siempre estabas jugando con tus abuelos.

Estuvimos un buen rato charlando con este buen amigo de mis abuelos y, finalmente, nos marchamos tras despedirnos de él. Algunos antojos más llenaron nuestras bolsas. Tal fue el caso del chorizo y queso de la tierra y del pan de Carbajales, un manjar para los más sibaritas.

En la panadería compramos feos, unos dulces típicos hechos con almendra, que a los niños les encantaron y que les tuvimos que quitar de las manos para que no se empacharan.

Cargados con las bolsas volvimos hacia casa dando un paseo. El sol intentaba despuntar, pero las temperaturas eran frescas. Aún así, apetecía estirar las piernas. Los niños estaban entusiasmados y disfrutaban escuchando las historias que papá y mamá les contaban.

Al llegar a casa dejamos las bolsas en la cocina y los chicos pusieron la mesa. Mientras, Marta y yo en la cocina preparamos las ricas viandas. Una vez ya todo listo nos dispusimos a comer en el salón con la tele encendida de fondo dando las noticias de las tres de la tarde. El vino, un clarete de graduación media, muy afrutado y con aguja, no estaba mal, pero el chorizo ya no era tan artesanal, ni el pan como el de antes. Y la ternera, al freirla había soltado agua, lo cual dejaba bastante que desear. Ni siquiera el aceite de Fermoselle tenía ese sabor tan característico y los pimientos no eran tan carnosos.

Mi mujer y yo comentamos como con el paso de los años alimentos de muy buena calidad se habían convertido en productos normales debido seguramente al exceso de fabricación. Ahora se consumía en masa y las matanzas eran casi algo de la prehistoria. Era una pena pensar como en tan pocos años, no más de 20, todo cambiaba. El progreso había traído muchos cambios, pero no todos eran positivos.

—Bueno no pasa nada. Tampoco están malos —le dije a Marta.

—Claro que no, lo importante es que este fin de semana es diferente y lo estamos pasando muy bien.

—¿Vosotros disfrutáis también hijos?

—Si mucho, —dijeron casi al unísono.

Por la tarde, y tras descansar un buen rato decidimos acercarnos hasta el castillo de La Mota. Tan solo se conservaba la llamada Torre de Caracol, una obra de comienzos del siglo XVI en la que se mezclan los estilos gótico y renacentista. En su interior vimos el bellísimo artesonado mudéjar que aún se conservaba. Paseamos los jardines de alrededor y tras un buen paseo cenamos en un restaurante típico. Aquella noche nos acostamos tarde y a la mañana siguiente el cansancio en nuestros cuerpos era palpable. Tan sólo tuvimos tiempo para dar un corto paseo hasta el Hospital de la Piedad, un edificio construido en el siglo XVI como hospe-



dería para albergar a los peregrinos en su camino hacia Santiago de Compostela. La portada era de arco de medio punto de gran dovelaje y, en este, se podía ver un autorrelieve de la Piedad. A ambos lados de ésta las armas de los condes de Pimentel dentro de una especie de coronas vegetales.

Los niños, víctimas del cansancio, empezaron a bostezar por lo que decidimos emprender el camino de vuelta a casa. Al llegar, Marta y yo preparamos una cena ligera y acostamos pronto a David y Ana, que quedaron profundamente dormidos, no sin antes pedirnos que les contáramos un cuento.

Recogimos la mesa, lavamos los platos, nos preparamos un par de cubatas y nos sentamos en el sofá del salón a fumarnos un cigarro. Encendimos la televisión y empezamos a hacer zapping, pero lo cierto es que la programación de las distintas cadenas dejaba bastante que desear. Fue entonces cuando comenzamos a charlar sobre nuestra relación y mi actual situación. Una vez más, Marta fue capaz de levantarme el ánimo.

—Vamos a ver cariño, es solamente una mala racha, pero estas pendiente de que te contesten de varias entrevistas y has salido de ellas muy contento.

—Sí, es verdad mi amor, pero ya sabes que de vez en cuando me entra esa sensación de no valer para nada y me siento un inútil.

—Bueno Roberto, que tonterías más grandes tengo que escuchar. Tú tienes que seguir al pie del cañón y cuando menos te lo esperes te llegará una oportunidad.

—Eres impresionante cariño, siempre sabes sacar lo mejor de mi. Te quiero, —le susurré al oído.

—Y yo a ti mi vida —me contestó.

Continuamos charlando sin parar durante un buen rato hasta que al final decidimos irnos a la cama. Una vez más, Marta había estado ahí apoyándome y yo me sentía con fuerzas renovadas.

Al día siguiente fuimos a comer a casa de unos primos que no veía desde hacía casi diez años. Ellos vivían y trabajaban en Benavente. Mi primo Nacho era profesor de primaria y su mujer, Lucía, era bibliotecaria. Durante el almuerzo, revivimos todas aquellas historias que nos habían sucedido juntos en la infancia, incluyendo, como no, todas las gamberradas típicas de los niños. Fue agradable volver a verles y comprobar como la vida les iba bien. Lucía estaba embarazada y esperaba con gran felicidad la llegada de su primer hijo. Continuamos durante más de dos horas charlando de todo tipo de historias mientras tomábamos café hasta que decidimos volver a casa para hacer las maletas y dejar la casa recogida.

Habíamos pasado un fin de semana maravilloso, pero dentro de unas horas de nuevo tendríamos que estar en Madrid. El viaje de vuelta fue más largo que la ida debido al ya tradicional atasco de entrada a la capital. Miles de conductores parados por aprovechar hasta el final las últimas horas de descanso.

—Parecemos idiotas —le dije a mi mujer.



—Si cariño, pero es que no podemos hacer otra cosa. Si queremos aprovechar el tiempo hasta el final luego tocar aguantar el atasco.

—Bueno, bueno, paciencia y buenos alimentos.

Fueron casi cuatro horas y media de viaje. Los niños pronto se durmieron y apenas se les escuchó, entre tanto, Marta y yo volvíamos con nuestra mente renovada. Hacía casi ya más de cinco meses que no salíamos de Madrid y lo necesitábamos.

Eran las doce de la noche cuando por fin llegamos. Una vez en casa, y tras acostar a los niños en su cama y dejar las maletas en el dormitorio, me dirigí al teléfono para ver si teníamos algún mensaje en el contestador. Descolgué el auricular y escuché atentamente. Tuve que agarrarme al mueble para no caerme pues el contenido del mensaje me había dejado en blanco. Mi mujer asustada me cogió del brazo y nerviosa al ver mi cara de excitación, me preguntó qué pasaba. No podía pronunciar palabra. Estaba medio mudo pero mis gestos denotaban una enorme alegría interior. Al fin reaccioné, agarré a Marta por la cintura y le dije:

—Me han elegido para dirigir el Departamento de Marketing de “Nomina”.

—Enhorabuena cariño. ¿Ves como al final lo has conseguido?.

—Uf! Todavía no me lo creo, es como un sueño.

—Si un sueño hecho realidad, —dijo mi mujer mientras me besaba tiernamente en los labios.

Aquel fin de semana no se me borrará fácilmente de la mente. Había vuelto a la tierra que me había visto crecer y había conseguido salir del pozo en el que llevaba seis meses seguidos. Era lunes de madrugada y esa noche al acostarme estaba inquieto. Pero era una inquietud distinta a la de otras veces. Mañana me levantaría y empezaría de nuevo a trabajar. Era un trabajo diferente en una empresa distinta, pero hay que estar en constante renovación para poder siempre salir adelante. Después de casi una hora de meditaciones, apagué finalmente la luz de la mesilla, besé en la mejilla a mi mujer y la agarré con dulzura. Aquella noche no tuve ningún sueño, mis pesadillas habían terminado. ●

LUIS JAVIER ALCALA FERNANDEZ
PERIODISTA



MERCADO DE ABASTOS DE BENAVENTE (ZAMORA)

El Mercado de Abastos de Benavente, cuya gestión es municipal, se encuentra situado en la calle Obispo Regueras, en pleno casco histórico de la ciudad. Este edificio, con fachada en piedra caliza y cubierta de tejas, fue construido en el año 1982.

Tiene una superficie total de 2.052 metros cuadrados, repartidos en dos plantas, con unos 1.466 metros cuadrados de superficie útil.

La oferta comercial del Mercado de Abastos de Benavente incluye 57 puestos, de los cuales en la actualidad están ocupados 32, que se distribuyen en varias fruterías, carnicerías, pescaderías, pollerías, casquerías, panaderías y puestos de otros productos.